

## GUMILLA, evangelizador del Orinoco

(memoria en el segundo centenario de su muerte)

### Prólogo

Por qué han enmudecido los roncós tambores de los sálivas? Ya el viejo piache ha lanzado su última bocanada de rugidos sobre el rostro lívido del paciente... Como por bejucos fantásticos asciende un limpio son de trompeta desde las riberas del gran padre de los ríos, el Orinoco, hasta las rancherías estupefactas: Calaimi, el audaz cacique de los jiraras se abre paso en la maraña por el embrujo del clarín, mejor que por el esfuerzo de su brazo. Es el precursor. Detrás de él... Gumilla, evangelizador del Orinoco.

Así fué la primera entrada del P. José Gumilla, desde los llanos del Meta. Sus anclas se agarraron definitivamente del bosque que enmarca el paso sosegado de las aguas turbias. No sabemos si las estrellas —o los jejenes— danzaron esta noche sobre su frente hecha una ascua de ensueños. Pero ese día se firmaba el prólogo de la biografía del "gran río", biografía de la venezolanidad. Extraño vocablo a los oídos de Gumilla, cuyo destino empero comenzaba a presentir desde que abriera de par en par las ventanas de su pasmo ante el escenarino fantástico.

Había nacido José Gumilla en Cárcer del reino de Valencia, allá por 1687. Era aún muy mozo el estudiantillo jesuita cuando se embarcó en un navío tan gotoso que hubo de ser arruinado luego de su arribo a Cartagena: como un quemar de las naves para consagrarse definitivamente "español-americano". Y en verdad ¿qué era cuando a estas playas le trajo el ansia de América, más que

las velas del navío desencuadernado? Que era picado de viruelas —no más— decía el pasaporte. El espíritu y la cultura los bebió en el frío de la sabana bogotana durante diez años que vivió en la Universidad de San Javier. Después río abajo por el Meta, por el Apure, por el Orinoco, a desencajarse de tanto marear por sus aguas de sortilegio.

### Misionero educador

Los primeros contactos con las poblaciones aborígenes perfilan su estatura genial de misionero.

Habiáanse desmoronado los primeros intentos civilizadores de los jesuitas en el Orinoco, enderezados a abrir una rápida vía de comunicación a las misiones del Meta, distanciadas de la Nueva Granada por la alta serranía de la Cordillera Oriental. A Gumilla se le encomendaba ahora su restauración. Luego de sus primeros impulsos creadores comenzaron a reverdecer las reducciones, en las cuales —si hemos de creer al P. Mimbela— "servía de carpintero, albañil, alarife, escultor, pintor; jugando con tal arte los instrumentos de cada arte como si hubiera sido ella el único empleo de su vida. Era el primero en la obra y el más infatigable oficial: fabricó puertas y ventanas, adornó el templo con pinturas de su mano... Entre los bejucos procuró con todas sus fuerzas fundar una escuela de música... y es para alabar a Dios oír ya en aquel sitio, poco antes habitado por fieras, una concertada música de casi treinta cantores".

Las reducciones se fueron acrecentando como por encanto a consecuencia de sus

entradas a la selva de las que traía buena cosecha de reducidos a fuerza de mansedumbre y adaptación a sus costumbres, así le costara el comer con los waraos los gusanos blancos del moriche o con los otomacos el peregrino pan que preparaban a base de maíz, manteca de caimán y arcilla que al calor de la cazuela adquiría una consistencia de ladrillo.

Sin espasmos, ni congojas, lentamente, va disipando con su mano diminuta la niebla de las supersticiones primitivas. Una naranja, un espejo y una bujía bastan a su instinto de educador para dictar la que ha llamado Arístides Rojas "una lección de astronomía en el Orinoco," (1) para librar a lotacas y atapabas del temor ante el eclipse de luna, cuyo fuego creían conservar escondiendo tizones bajo el suelo.

Un día los betoyes se preciaban de ser hijos del Sol. Habían sido vanos todos los esfuerzos para borrar semejante creencia. Cómo persuadirles que el Sol es fuego que quema, que devora? Llama a un cacique —por ellos comenzaba siempre sus lecciones—. Le manda que extienda la mano. Sobre ella concentra los rayos solares por medio de una lupa... Pronto el escozor le obliga a retirarla. La lupa pasa de mano en mano. Todos quieren repetir el experimento. A los pocos días toda la nación betoye dejó de adorar al Sol que en adelante "continuó apareciendo a los ojos de los indígenas como un dios muerto".

### Inmigración y colonización

Quien lea detenidamente las páginas incomparables de Gumilla, no sólo sus inimitables descripciones como la del moriche y sus utilidades "página de antología, en la cual quizá se inspiraron los hermanos Robertson al tratar cómo se utiliza el cocotero en los archipiélagos oceánicos". (Rafael Tovar Ariza), se deduce la pasión con que no pocos han falseado la obra misional. Léanse, por ejemplo, los epítetos que le mereció a Gil Fortoul y cómo fué desestimada en comparación a los méritos de la colonización civil planeada por los gobernadores guayanese del otoño colonial. Cómo pudo desconocer nuestro clásico historiador que Gumilla se adelantó a aquellos en visión colonizadora, en la defensa de un programa inmigratorio para las tie-

rras de la orinoquia? Y sin embargo repetidas veces insiste el jesuíta que el verdadero problema reside en la falta de hombres, por cuya causa vegetan improductivas las férciles riberas que le merecieron el concepto —por cierto muy geo-gráfico— de "desiertos":

"Y volviendo a coger el hilo que interrumpimos arriba acerca de su fertilidad de los valles y riberas del Orinoco y de sus vertientes, junta aquélla con la exorbitante abundancia de peces y tortugas de dicho río, aceites resinas y aromas y los frutos y frutas propias del país. Todo este conjunto mudamente clama y ofrece desentrañarse para sustentar a muchos pobres que no tienen en España ni un palmo de tierra de que mantenerse y les promete abundantes cosechas en recompensa del cultivo que recibiré" (2)

Parecerán extraños estos conceptos de un misionero —que fatalmente tenía que ser "oscurantista"— a los detractores gratuitos del pretendido aislacionismo de las poblaciones aborígenes, apetecido por los hombres del sayal para ejercer a su antojo un dominio absoluto sobre los ingenuos pobladores. Muy al contrario; Gumilla no teme al mestizaje; no teme los perjuicios que el contacto de los españoles pueda acarrear a las nacientes cristiandades. Como buen español arroja por la borda todo prejuicio de casta para gritarles a los de la otra banda del Atlántico: "dejen de llorar las señoras españolas y no se oiga más aquí ay de mí que mi hijo se casó con una india"! (3) Como buen misionero entiende que si algún pecadillo pueden aprender los aborígenes de los españoles, mayores son los beneficios que les redundan incluso en su conversión "la cual precisamente se facilitaría mucho a la sombra y abrigo de las poblaciones de españoles. Esto es así" (4). Colonización, inmigración, mestizaje: tal era el presentimiento que Gumilla abrigaba de la venezolanidad.

### Pasión venezolanista

La fe en el destino de la orinoquia se hace pasión en la sangre ardiente del valenciano. Pasión que algo le nubla los ojos al comparar el Orinoco con los grandes ríos del mundo. Todo le aparece admirable en esta tierra de ensueño: sus animales como sus plantas, sus bejucos, sus resinas, sus aceites y su fibras. Rueda por su espíritu el paisaje de Vene-

(1) Rojas, Arístides, *Humboldtianas*, Caracas, 1924, pág. 109.

(2) Gumilla, José, *El Orinoco Ilustrado*,

ed. M. Aguilar, Madrid, s. f., pág. 253.

(3) O. c., pág. 86.

(4) O. c., pág. 252.

zuela, todo él lleno de voces y de ecos cariñosos. ¿Cómo no desvariar cuando las aguas del "gran río" bajan pausadas con un color de tierra que habla de promesas?

"Quién habrá cabal concepto del abismo de aguas que en su anchuroso cauce incluye el Orinoco? Los geógrafos convienen en que en nuestro mundo antiguo no hay río alguno que pueda compararse con el de San Lorenzo en la Virginia, en la América Septentrional, con el de la Plata y Paraguay, ni con el Marañón en los confines del Brasil. Ahora sale a luz el gran río Orinoco; no quiere quitar su grandeza a los tres ríos nombradísimos; pero pide ( y con razón) que se tomen nuevas medidas, que se atienda a su fondo y caudal para entrar a competir con cuantos ríos famosos hasta hoy se han descubierto en los dos mundos antiguo y nuevo". (5)

¿Desvarío? ¿Frenesí? No, sino promesa! Gumilla se adelantó en dos siglos a los que en 1950 —segundo centenario de su muerte— dialogamos sobre nuestra gran arteria fluvial. El misionero lo había anunciado con un tono ineludible de profecía: Venezuela tiene abierto su cauce natural en el hoyo del Orinoco.

Se adelantó sobre todo cuando dejó que sus palabras alzarán el vuelo para dejar caer por vez primera —atención venezolanistas!— la semilla del café en el surco de Venezuela:

"El café fruto tan apreciable, yo mismo hice la prueba lo sembré, y creció de modo que se vió ser aquella tierra muy apropiado para dar copiosas cosechas de este fruto" (6)

Observa, analiza, experimenta. Tantea nuevos cultivos con la fe ciega de venezolanidad. No olvida los fangales de su tierra valenciana cuando se hunde hasta la rodilla en los anegadizos del Orinoco... Arroz! Arroz! Cómo así? Frota entre sus manos las espigas y en el cuenco diminuto, pálidos, como avergonzados, los granos del arroz virginal!

(5) O. c., pág. 69.

(6) O. c., pág. 250.

Oigamos cómo nos cuenta el prodigio:

"Es cosa muy singular y notable la que observé en los anegadizos del río Orinoco, Meta, Apure, Casanare, Tame y otros y es que en lugar del junco, que de ordinario se ve en otras lagunas, en las de los dichos ríos nace, crece y madura el arroz que brota voluntariamente de la tierra húmeda, sin que nadie lo siembre ni cultive". (4)

Los incrédulos de mil leguas a la redonda sonrieron escépticos sin que para ellos valiera la autoridad del catador de paellas... Pero a los que se hallaban a tiro "estrujando espigas... la evidencia de los granos les quitó la duda".

Atención venezolanistas! Parad mientras en las palabras que vienen del primer sembrador del café, sembrador —posiblemente también el primero— del arroz en nuestra Patria:

"Y es aún más de admirar lo que abunda en terreno cultivado y de riego, en donde, sembrado y trasplantado a su tiempo, corté repetidas veces sesenta espigas en una sola mata; prueba de la fertilidad de la tierra y mayor de que es fruto connatural de aquel temperamento, pues la tierra lo produce de suyo y cultivado le da tal aumento". (8)

El destino de Venezuela ha sido avisado por Gumilla: destino arrocero que hoy empieza a afirmarse en el Delta, entre las rancherías guarauñas, por iniciativa de los Misioneros Capuchinos. Gumilla, el evangelista del Orinoco, gritó hace dos siglos la "buena nueva", desde las páginas inmortales de "El Orinoco Ilustrado..."; verdadera biografía de nuestro gran río —mucho antes que Ludwig escribiera la del Nilo— biografía de la venezolanidad, cifra y recuento de sus maravillas que mereció del cansado racionalismo europeo una mueca escéptica, pero que en la actualidad tiene para Venezuela todo el valor emocional de un destino en trance de cumplimiento.

(7) O. c., pág. 431.

(8) O. c., ibid.

PABLO OJER, S. J.

